

**Camilla  
Läckberg**

**Tormenta de nieve  
y aroma de almendras**



**MAEVA**

# Tormenta de nieve y aroma de almendras



**D**e nuevo olía a nieve. Faltaba menos de una semana para Navidad y el mes de diciembre ya había traído su lote de frío y nieve. Durante varias semanas, una gruesa capa de hielo había cubierto el mar, pero, con la subida de las temperaturas durante los últimos días, se había vuelto quebradiza y traicionera.

Martin Molin se encontraba en la proa del barco que enfilaba hacia Valö por el canal que la lancha de salvamento marino había abierto en el hielo. Se preguntaba si habría tomado la decisión correcta. Lisette había insistido mucho para que fuera, tanto que había llegado a suplicárselo. Las reuniones familiares no eran su fuerte, le había dicho ella, y se lo pasaría mucho mejor si él la acompañaba. Pero un encuentro familiar daría a entender que su relación iba en serio y él no lo sentía así.

Aunque ahora ya no había vuelta atrás. Se lo había prometido y ahí estaba, de camino a la isla de Valö y a la antigua colonia de vacaciones transformada en hotel donde pasaría dos días con la familia de Lisette.

Se giró. Fjällbacka era de una belleza extraordinaria, sobre todo en invierno, cuando sus casitas rojas quedaban ocultas entre tanta blancura. Protegida por la roca gris de la montaña, ofrecía un espectáculo único y sugerente. Tal vez debería abandonar Tanumshede para mudarse allí, se dijo, riéndose de su idea disparatada. Si algún día le tocara la lotería, quién sabe.

—¿Me lanza el cabo? —gritó el hombre del embarcadero.

Martin despertó de su ensoñación. Se inclinó y agarró el cabo enrollado en la proa del barco. Cuando estuvo lo suficientemente cerca del muelle, se lo arrojó al hombre, que lo alcanzó hábilmente al vuelo y amarró la embarcación.

—Es usted el último. Los demás ya han llegado.

Martin descendió con cuidado por la pequeña pasarela resbaladiza y le estrechó la mano al hombre a modo de saludo.

—Tenía que terminar unos informes en la comisaría antes de irme.

—Sí, ya me han dicho que habrá un representante de las fuerzas del orden entre nosotros este fin de semana. Me siento mucho más seguro —dijo el hombre con una gran sonrisa antes de presentarse—. Me llamo Börje. Mi mujer y yo nos ocupamos de la propiedad, eso significa que soy carpintero, cocinero, mayordomo... Bueno, mejor saber hacer un poco de todo —añadió, acompañando sus palabras de una risotada jovial.

Martin asió su bolsa y siguió a Börje hacia las luces que centelleaban entre los árboles.

—Por lo que me han dicho, ha hecho usted milagros con este viejo edificio —dijo.

—Le hemos dedicado mucho trabajo —respondió Börje con orgullo—. Y algo de dinero. Hay que reconocerlo. Pero

ha dado resultado. Hemos tenido todo completo en verano y hasta bien entrado el otoño. Nuestra promoción de Navidad ha sido un éxito total, nadie se lo esperaba.

—Me imagino que a la gente le apetece huir de la histeria de las fiestas navideñas —dijo Martin.

Le costaba esfuerzo no resoplar mientras subía la cuesta que conducía hasta la casa. Le daba un poco de vergüenza. Su condición física era lamentable. Teniendo en cuenta su edad y su profesión, debería estar en mejor forma.

Al levantar la vista del sendero, se quedó maravillado. Realmente habían hecho milagros con el viejo edificio. Como muchos de los que habían crecido en aquella región, Martin había ido de excursión a Valö con el colegio o de campamento de verano, y recordaba una casa verde, ciertamente bonita, pero destartalada y rodeada de maleza. Ahora el blanco había sustituido al verde y la casa, reformada de arriba abajo, era una auténtica joya. Una luz cálida parecía manar de las ventanas y realzaba la fachada. Ante la escalera relucían unas antorchas de jardín y detrás de una ventana de la planta baja se veía un gran abeto de Navidad. Era una decoración mágica y Martin se detuvo para admirarla.

—Bonito, ¿verdad? —dijo Börje, que también se había detenido.

—Es increíble —respondió Martin boquiabierto.

Llegaron a la casa, entraron en el vestíbulo y golpearon los pies contra el suelo para quitarse la nieve de los zapatos.

—¡Aquí llega el último! —exclamó Börje, y Martin oyó unos pasos rápidos que se acercaban.

—¡Martin! ¡Ya estás aquí!

Lisette se lanzó a su cuello y Martin tuvo de nuevo la sensación de que no debería haber ido. Por muy guapa y

simpática que fuera Lisette, empezaba a pensar que se tomaba su relación demasiado en serio. Pero ya era tarde para cambiar de idea. Solo tenía que intentar sobrevivir al fin de semana.

—¡Ven!

Le agarró la mano y tiró de él casi a la fuerza hasta el gran salón que se encontraba a la izquierda del vestíbulo. Según recordaba Martin, allí había una habitación llena de literas. Pero ahora alguien con un gusto excelente la había transformado en sala de estar y biblioteca. En el centro de la estancia reinaba un árbol de Navidad enorme decorado según las últimas tendencias.

—¡Ya está aquí! —anunció Lisette triunfal.

Todas las miradas se volvieron hacia él. Reprimió el impulso de ajustarse el cuello de la camisa y se conformó con hacer un gesto ridículo con la mano. Lisette le hizo comprender con un codazo que se esperaba algo más de él, así que se dispuso a saludar a los invitados uno por uno. Ella lo acompañó, encargándose de las presentaciones.

—Mi padre, Harald.

Un hombre mayor con el cabello despeinado y un bigote espeso se levantó para estrecharle enérgicamente la mano.

—Y esta es mi madre, Britten.

—En realidad, me llamo Britt-Marie, pero todo el mundo me llama Britten desde que tengo cinco años.

Al igual que el padre de Lisette, también se levantó y a Martin le sorprendió el parecido con su hija. La misma figura menuda, los mismos ojos color avellana y el mismo pelo castaño, aunque en el de Britten se veían algunas canas.

—Me alegro de conocerte por fin —dijo ella, y volvió a sentarse.

Martin murmuró algo similar a modo de respuesta y esperó que su falta de sinceridad no fuera demasiado evidente.

—Y aquí está mi tío Gustav —continuó Lisette.

A todas luces, aquel hombre, que parecía una versión más pequeña y delgada de su padre, no era de sus predilectos.

—Un placer, un placer —dijo Gustav con un deje algo afectado mientras se inclinaba ligeramente.

Martin se preguntó si debería inclinarse él también, pero se limitó a mover un poco la cabeza. Lisette tampoco parecía mostrar gran simpatía por la mujer de Gustav, a juzgar por el tono con el que dijo:

—Mi tía Vivi.

Martin sintió que una mano seca y enjuta estrechaba la suya. Contrastaba ostensiblemente con aquella cara desprovista de arrugas, estirada como la piel de un tambor. Estaba seguro de que, si echaba un vistazo detrás de las orejas, descubriría las cicatrices de numerosas intervenciones de cirugía estética. Pero por suerte logró contenerse.

—Mi primo Bernard —prosiguió Lisette en un tono entusiasta.

Sin lugar a dudas, el afecto entre Lisette y el hombre que se sentaba al lado de la tía Vivi era evidente. Martin sintió una aversión instintiva por aquel petimetre treintañero, con ese pelo engominado y peinado hacia atrás que, por un motivo inexplicable, se había puesto de moda en el mundo de las finanzas.

—Vaya, así que este es el policía de Lisette...

Hablaba con el acento engolado de Estocolmo y, aunque el comentario fuera correcto y perfectamente inocente, Martin percibió algo más tras su tono desenvuelto. Quizá una intención despectiva, pero no era capaz de asegurarlo.

—Así es —replicó con sequedad, dirigiendo su atención a la joven que se encontraba junto a Bernard.

—La hermana de Bernard, Miranda —anunció Lisette.

Martin no pudo evitar estremecerse al tomar la mano que le tendía la prima de Lisette. Era de una belleza que cortaba el aliento. Tendría unos veinticinco años, el mismo cabello negro azabache de su hermano, pero más largo, y unos ojos de un azul intenso que permanecían fijos en él. Martin sintió que perdía la compostura. Un carraspeo de Lisette le hizo comprender que llevaba demasiado tiempo reteniendo la mano de su prima, así que la soltó como si quemara.

—Mi hermano, Mattias. Pero todo el mundo lo llama Matte —continuó Lisette en un tono glacial, y Martin se apresuró a concentrar toda su atención en él. Tenía una cara simpática, y le estrechó la mano a Martin con entusiasmo.

—¡Es como si ya te conociera! Desde el verano Lisette no hace otra cosa que hablar de ti. ¡Es un verdadero placer conocerte por fin!

Lisette hizo una pausa teatral antes de decir:

—¡Y por último, y no por ello menos importante, mi abuelo Ruben!

Tenía delante a un anciano en una silla de ruedas, con las rodillas cubiertas por una manta de cuadros. Aunque el parecido con sus hijos era innegable, se le veía tan chupado y encogido que apenas abultaba más que un niño. Sin embargo, su apretón de manos fue sorprendentemente firme, y tenía una mirada viva.

—Aahh, aquí está nuestro joven —dijo con una expresión divertida.

Aquel anciano tenía algo que inspiraba un enorme respeto y que hizo que Martin se sintiera como un colegial.

Ya conocía su historia. Había nacido pobre de solemnidad y había fundado de la nada un imperio que movía millones de coronas en todo el mundo. No había sueco que no conociese su cuento de hadas.

—¡La cena está servida!

Todos se giraron hacia la voz clara que los llamaba desde la puerta. Una mujer con un anticuado delantal blanco indicaba el camino hacia el comedor. Martin supuso que se trataba de la esposa de Börje.

—Bien, menos mal, me muero de hambre —dijo Harald, que fue el primero en pasar al comedor.

Los otros lo siguieron, mientras Martin presenciaba una escena algo cómica. Varios miembros de la familia se precipitaron hacia la silla de ruedas de Ruben, rivalizando para ver quién llegaba primero. Lisette, que era quien estaba más cerca, salió vencedora y lanzó una mirada triunfal a la tía Vivi. Era evidente que entre ellos existían dinámicas familiares que Martin desconocía. Suspiró una vez más. El fin de semana prometía ser muy, muy largo.

Lisette sentía las miradas sobre su espalda mientras empujaba la silla de su abuelo hacia el comedor. La emoción de la victoria le coloreó las mejillas; esperaba que ese pequeño triunfo fuera la señal de que sería la vencedora de la gran batalla: la que se libraba por la herencia del abuelo. Una sensación de vértigo la embargaba cada vez que pensaba en la cantidad de dinero que un día podría ser suyo. No se trataba de millones, sino de miles de millones. Miles de millones de coronas. Lo importante era ganarse al viejo y cruzar los dedos para que los demás se fueran descalificando por sí solos, algo en absoluto improbable. Sabía a ciencia

cierta que su padre y su tío estaban a un paso de prender fuego a sus naves. Bernard y Miranda tampoco serían un gran obstáculo en su camino. Sin duda, el rival más fuerte en la carrera hacia la herencia era Matte. Tenía que admitirlo, era el gran favorito del abuelo. Pero Lisette estaba segura de que faltaba poco para que eso cambiara. Antes o después, Matte acabaría mostrando alguna debilidad de la que ella pudiera sacar partido.

—¡Oh, perdón!

Le había dado a Martin en la espinilla con la silla de ruedas y se detuvo para dejarle pasar. Por un momento, se preguntó si había sido una buena idea invitarlo. Quería demostrarle a su abuelo que ya era una mujer adulta, que había madurado, y una relación estable con alguien que además era policía encajaba perfectamente con esa imagen. Aunque hubiera preferido que Martin se hubiese comportado de un modo menos torpe durante las presentaciones. Una sola mirada de Bernard le había bastado para comprender lo que pensaba de Martin, y se preguntaba si todos compartirían la misma opinión. Martin era simpático y encantador, aunque, obviamente, no era un hombre de mundo. No le quedaba otro remedio que intentar pasar el fin de semana de la mejor manera posible.

La imagen de todos los platos del bufé dispuestos a lo largo de la pared era impresionante. La mesa parecía a punto de venirse abajo con el peso de tantas delicias: jamón, embutido, arenques preparados de todas las formas imaginables, albóndigas, salchichitas de cóctel y muchos otros platos. Todo lo que se podía esperar de un bufé de Navidad que

mereciera tal nombre. Avergonzado, Martin escuchó cómo su estómago rugía audiblemente.

—¡Creo que el joven tiene hambre! —exclamó Harald riendo a la vez que le daba una sonora palmada en la espalda.

—Es verdad, confieso que tengo algo de apetito —contestó Martin con una sonrisa forzada.

Esperaba que el padre de Lisette no tomara por costumbre aquello de llamarlo «el joven» y aporrearle la espalda.

Todos llenaron sus platos enseguida y se instalaron alrededor de la mesa decorada para la ocasión. Fuera, la débil nevada se había convertido en algo muy parecido a una tormenta. Börje rodeaba la mesa sirviendo aguardiente helado a los comensales. Parecía preocupado.

—Esto no pinta bien. Según la predicción meteorológica, se avecina una tormenta de nieve. Espero que no haga falta volver a tierra firme, porque va a ser difícil —comentó con la mirada puesta en la nevada.

—Aquí no nos falta de nada —dijo Ruben con su voz seca y estridente—. No tenemos intención de regresar hasta el domingo, y está claro que de hambre no nos moriremos.

Todos recibieron el comentario con una carcajada. Demasiado alta y demasiado alegre. Entre las pobladas cejas de Ruben se formó una arruga de desaprobación. Era evidente que debía de estar harto de aduladores. Por un segundo, la mirada de Martin se encontró con la del anciano, y comprendió que Ruben le había leído el pensamiento. Bajó la cabeza y se dedicó a untar mostaza en una salchichita. Un pequeño corte en cada extremo hacía que se enrollaran al freírlas. Cuando era pequeño, las llamaba «salchichas con permanente»; así seguían llamándolas sus padres cuando iba a casa en Navidad.

–Y bien, Bernard –dijo Ruben, fijándose en su nieto–, ¿cómo va tu empresa? He oído ciertos rumores que corren por la Bolsa.

Hubo un breve y opresivo silencio hasta que Bernard contestó:

–Todo calumnias. La empresa va viento en popa.

–¿En serio? No es lo que yo he oído –repuso Ruben–. Y mis fuentes son, como bien sabes, absolutamente fiables...

–No tengo ninguna intención de criticar a tus fuentes, abuelo, pero yo diría que andan mal informadas. Qué van a saber de...

Una mirada gélida de Vivi hizo callar a Bernard, que, en un tono más bajo, prosiguió:

–Todo lo que puedo decirte es que tus fuentes se equivocan. Presentaremos unos resultados excelentes en el próximo balance.

–¿Y tú, Miranda? ¿Cómo va tu estudio de diseño de moda?

Ruben la escrutó con la mirada y ella se movió nerviosa antes de responder:

–Pues... hemos tenido un poco de mala suerte. Se han anulado varios encargos en el último momento, y aparte nos hemos visto obligados a trabajar gratis para darnos a conocer y...

Ruben alzó una mano huesuda.

–Gracias, gracias, con eso basta. Ya me hago a la idea. Es decir, que no queda gran cosa del capital que invertí, ¿verdad?

–Verás, abuelo, iba a contártelo... –Miranda enrolló en un dedo un mechón de su bonita melena oscura y dirigió una sonrisa obsequiosa al anciano.

—A los niños les va realmente bien, trabajan muy duro. Gustav y yo casi ni los vemos por casa, todo es trabajo, trabajo y más trabajo... —Vivi intentaba salvar la situación con su verborrea a la vez que jugueteaba nerviosamente con su collar de perlas.

La cena había tomado un cariz desagradable y a Martin le costaba tragar las salchichitas que tenía en la boca. Buscó a Lisette con la mirada. Pero ella, como el resto de miembros de la familia, seguía la conversación con avidez, expectante.

—¿Y tú, Lisette, tienes intención de ponerte a trabajar pronto?

La atención del abuelo se centró en ella, y Lisette reaccionó apretando los labios.

—Pero... si todavía no he terminado la carrera —balbuceó, mientras parecía encogerse en su silla.

—Sí, ya sé que aún estás en la universidad —dijo Ruben seco—. Soy yo quien te paga los estudios. Desde hace ocho años. Solo me preguntaba si no va siendo hora de poner en práctica todos esos conocimientos.

Su tono seguía siendo aparentemente afable, pero Lisette no despegó la vista de las rodillas y se limitó a murmurar:

—Sí, claro, abuelo.

Ruben resopló y dirigió la mirada a sus hijos.

—Hay problemas en el trabajo, según he oído.

Martin vio que Harald y Gustav intercambiaban una mirada rápida. Fue un contacto mudo que apenas duró un segundo, pero a Martin le dio tiempo de leer en él odio y miedo.

—¿Qué es lo que has oído, papá? —preguntó Harald finalmente—. Todo va de fábula. *Business as usual*, ya lo sabes. Exactamente igual que en tus tiempos.

Una sonrisa alegre pero superficial acompañaba sus palabras. Sus manos, que se dedicaban febrilmente a reducir

una servilleta a confeti mientras hablaba, evidenciaban sus verdaderos sentimientos.

—¡Mis tiempos! —exclamó Ruben, molesto—. Sabes muy bien que de «mis tiempos» no hace más de dos años. Oyéndote hablar, uno creería que ha pasado más de un siglo desde que yo llevaba la batuta. Y de no ser por mis... —hizo una pausa, buscando la palabra adecuada— «problemas de salud», no me habría ido ni en sueños. Pero sigo teniendo mis fuentes dentro de la empresa, y me han llegado comentarios muy preocupantes —concluyó, amenazándolos con el dedo.

Una mirada apremiante de Harald obligó a Gustav a aclararse la voz y tomar la palabra.

—Como acaba de decir Harald, todo está en orden. No sé qué es lo que habrás oído...

Ruben resopló de nuevo, y de su boca comenzaron a saltar perdigones de saliva mientras exclamaba:

—¡Menuda panda de inútiles! ¡Lleváis toda la vida pegados a mí como sanguijuelas, viviendo de mi dinero, esperando que cayera el maná del cielo! Y yo, como un idiota, os lo he puesto en bandeja. En contra de lo que dicta el sentido común he seguido confiando en vosotros, metiendo dinero a espuestas en vuestros proyectos. A vosotros dos... —movió la cabeza hacia sus hijos—, os he dejado dirigir la empresa en mi lugar porque quería que siguiera en manos de la familia. Pero me habéis decepcionado, ¡todos! Habéis robado, despilfarrado e infravalorado todo lo que os he dado. ¡Se acabó!

Ruben dio un puñetazo en la mesa y todos se sobresaltaron. El instinto de Martin le decía que huyera de aquella situación tan desagradable en la que se había visto inmerso, pero se sentía como si estuviera delante de un accidente de tráfico. No podía dejar de mirar.

—¡No veréis un céntimo de la herencia, que lo sepáis! He cambiado el testamento y ya está firmado y autenticado. No recibiréis más de lo que obliga la ley. Unas cuantas organizaciones benéficas darán gracias por su buena estrella el día que me vaya al otro barrio, ¡porque ellas heredarán el resto!

La familia entera tenía la mirada clavada en el hombre de la silla de ruedas. Permanecían inmóviles, como si alguien hubiera pulsado el botón para congelar la imagen. No se oía ni un sonido en el comedor, salvo la respiración sibilante de Ruben y la tormenta que rugía al otro lado de la ventana como un animal furibundo.

Su estallido de cólera debía de haberle dado sed, porque alcanzó su vaso de agua con una mano temblorosa y lo vació de un trago. Nadie se atrevía a moverse ni a abrir la boca. Ruben dejó el vaso sobre la mesa, parecía que el aire se le escapara poco a poco, como un globo que se desinfla.

Un ligero estremecimiento en su rostro fue el primer signo de que algo no iba bien. Le siguió un discreto temblor en el lado derecho del rostro, después en el izquierdo. A continuación, el cuerpo del anciano empezó a temblar. Primero de manera casi imperceptible, luego con espasmos más violentos. De su garganta salió un sonido gutural mientras su cuerpo desfallecía sobre la silla de ruedas. Fue entonces cuando la familia empezó a reaccionar.

—¡Abuelo! —exclamó Lisette, y se echó sobre él.

Bernard también se levantó de un salto, pero ninguno de los dos parecía muy seguro sobre qué hacer a continuación. Bernard trató de sujetarle los hombros huesudos, pero los espasmos eran demasiado violentos.

—¡Se está muriendo, se está muriendo! —gritó Vivi, y tiró tan fuerte de su collar que lo rompió y las perlas se dispersaron por el parque.

—¡Que alguien haga algo! —imploró Britten, mirando a su alrededor impotente.

Martin corrió hacia Ruben, pero, cuando llegó a su lado, los espasmos cesaron de repente y la cabeza del anciano aterrizó sobre el plato con un ruido sordo. Martin palpó la muñeca del anciano con el pulgar y el índice para buscarle el pulso, y se vio obligado a anunciar:

—Lo siento muchísimo. Ha muerto.

Vivi dejó escapar otro grito y se llevó la mano al cuello en busca del collar que ya no estaba.

Börje y su mujer llegaron corriendo de la cocina.

—¡Que alguien llame al guardacostas para que venga una ambulancia! Mi padre ha tenido un ataque. ¡Necesitamos ayuda! —exclamó Harald, dirigiéndose a ellos.

—Lo siento, pero no va a ser posible —explicó Börje apesadumbrado—. Con la tormenta se ha averiado la conexión telefónica. He intentado llamar hace un momento, pero no hay línea.

—De todas formas, me temo que no serviría de nada —dijo Martin poniéndose en pie—. Como he dicho, ha muerto.

—Pero ¿qué ha pasado? —Britten sollozaba—. ¿Ha tenido un infarto? ¿Un ictus? ¿Qué ha pasado?

Martin estaba a punto de encogerse de hombros para dar a entender que no tenía ni idea. Pero entonces olisqueó algo en el aire. Al muerto le rodeaba un olor..., un olor que le era familiar... Se inclinó frente a Ruben, cuyo rostro seguía plantado entre el arenque y las albóndigas, y aspiró profundamente. Sí, ahí estaba. Débil, pero inconfundible. Olor a almendras amargas. Un olor que no

debería estar ahí. Alcanzó el vaso del que Ruben había bebido antes de morir y se lo llevó a la nariz. Percibió el inconfundible aroma a almendras amargas que confirmó sus sospechas.

—Lo han asesinado.

El corazón le latía muy fuerte mientras contemplaba la cabeza de su abuelo. Estaba absolutamente quieto.

Miranda se agarraba al borde de la mesa sin poder apartar los ojos de aquel cuerpo sin vida. Aún sentía la rabia por el rapapolvo del abuelo y tenía que reprimir el impulso de darle una patada por debajo de la mesa. ¡Atacarla de esa forma delante de todos! No solo en presencia de sus padres y su hermano, también delante de sus primos y de sus tíos. Todos habían seguido la escena como fieras hambrientas, esperando abalanzarse sobre los restos después de que el jefe de la manada se hubiera servido.

¿Por qué no le había concedido más tiempo? Si alguien era capaz de comprender lo que se tardaba en levantar una empresa de la nada, ese era el abuelo. Habrían podido resolver sus problemas. Después de todo, el abuelo tenía un montón de dinero. Un millón o dos más, ¿qué hubieran supuesto? Para él era calderilla. Y el pobre Bernard. Él tampoco merecía que le pusieran en la picota de esa manera. Había trabajado muy duro y tenía todas las de ganar. Solo necesitaba un poco más de tiempo... y de dinero.

¡Dios mío! ¿De verdad que había cambiado el testamento? Esa idea golpeó a Miranda con tanta fuerza que la dejó sin aliento. Clavó las uñas en la madera de la mesa y sintió cómo se le llenaban los ojos de lágrimas. Puede que ya se hubiera buscado un abogado para hacer las modificaciones

necesarias antes de ese fin de semana. Sin duda, eso era lo que había ocurrido. Era bien capaz, ese viejo mezquino y taimado, estaba segura. Solo por el placer de verlos retorcerse ante él antes de clavarles la última estocada.

Ruben estaba obligado por ley a dejarles una cierta cantidad, pero una vez que se descontara el dinero que ya les había adelantado, no les quedarían más que migajas. Es más, igual acababan heredando deudas. ¡Y ella ya estaba endeudada hasta el cuello! A Miranda cada vez le costaba más respirar, y lanzó una mirada colérica al cadáver de la silla de ruedas.

El resto de la noche transcurrió como en una especie de niebla. En un primer momento, las palabras de Martin llenaron el comedor de un silencio ensordecedor.

Después se desató una cacofonía de protestas. Nadie quería creerle, pero él explicó con calma que el olor de almendras amargas era un claro indicio de la presencia de cianuro. El ataque que había sufrido Ruben correspondía perfectamente a los efectos de ese potente veneno.

Le pidió a Börje una bolsa de papel en la que guardó cuidadosamente el vaso. Había que analizarlo, y se lamentó de haberlo tocado sin pensarlo. Tal vez había destruido huellas valiosas.

—Hay que encontrar el modo de regresar a tierra firme —le dijo a Börje con autoridad.

Mentalmente, ya había empezado a elaborar una lista de las medidas que debían tomarse. Convocar a sus colegas en la comisaría. Mandar las pruebas al laboratorio. Trasladar el cuerpo al instituto forense y, sobre todo, empezar a interrogar a los testigos. Cuanto antes se fuera de allí, antes podrían poner en marcha la investigación del asesinato.